

sólo las partes estrechamente agrupadas de su substratum somático, no las más distantes; así llega á hacerse la ilusión que sólo las partes próximas son suyas, y las más distantes le són extrañas, y á considerarse como un «individuo» que se coloca enfrente del mundo en calidad de mundo particular, de microcosmos. No echa de ver que el «yo» tan rotundamente afirmado no tiene límites fijos, sino que se continúa y se extiende por debajo de los umbrales de la conciencia, con una claridad de separación cada vez más disminuída, hasta las profundidades extremas de la naturaleza, para mezclarse en ellas á todas las demás partes constitutivas del universo.

Podemos al llegar aquí resumir con mucha más brevedad la historia natural del «yo» y del «no-yo», y presentarla en unas cuantas fórmulas. La conciencia es una cualidad fundamental de la materia viva; aun el más alto organismo no es sino una colonia de organismos los más simples, es decir de células vivas que están diferenciadas diversamente para hacer que la colonia sea apta para más altas funciones que la simple célula no puede efectuar. La conciencia colectiva ó del «yo» de la colonia se compone de la conciencia particular de las partes. La conciencia del «yo» tiene una parte obscura no tomada en cuenta, que se relaciona con las funciones vitales de las células, la cenestesia, y una parte clara privilegiada que está atenta á las excitaciones de los nervios sensoriales y á la actividad voluntaria de los músculos y que las conoce á unas y á otra. La conciencia clara hace la experiencia de que actos de voluntad preceden á los movimientos voluntarios; llega á la concepción de la causalidad; nota que las excitaciones sensoriales no tienen causa colocada dentro de ella misma; se ve por consiguiente obligada á transportar á otra parte esta causa, á la concepción de la cual no puede renunciar y es necesariamente llevada por ende primero á la idea de un «no-yo», y

después al desarrollo de este «no-yo» en un universo aparente.

La antigua psicología espiritualista que considera el «yo» como alguna cosa enteramente diferente del cuerpo, como una substancia especial y una, pretende que dicho «yo» considera á su propio cuerpo como alguna cosa no idéntica á él, opuesta al «yo» propiamente dicho, como alguna cosa exterior, por consiguiente, de hecho, como «no-yo». Niega de este modo la cenestesia, es decir un hecho empírico absolutamente cierto. Tenemos constantemente la obscura sensación de la existencia de todas las partes de nuestro cuerpo, y la conciencia de nuestro «yo» experimenta inmediatamente una alteración, si las funciones vitales de alguno de nuestros órganos ó tejidos sufren una perturbación ¹.

El desarrollo va del «yo» inconsciente orgánico á la conciencia clara del «yo» y á la concepción del «no-yo». El niño posee verosímilmente ya antes de su nacimiento, en todo caso después, la cenestesia, puesto que siente sus actos vitales interiores, atestigua satisfacción cuando éstos se efectúan sanamente, manifiesta con agitación y gritos, que no son igualmente sino una agitación de los músculos respiratorios y laríngeos, su descontento cuando se presentan perturbaciones en ellos; advierte y expresa los estados generales de su organismo, tales como el hambre, la sed y la fatiga. Pero todavía no existe una

¹ Ciertos enfermos «disfrutan con delicias de la ligereza de su cuerpo, se sienten como suspendidos en el aire, creen poder volar; ó bien tienen un sentimiento de pesadez en todo el cuerpo, en algunos miembros, en un solo miembro, que parece voluminoso y pesado. Un joven epiléptico sentía á veces su cuerpo tan extraordinariamente pesado que apenas podía levantarlo; otras veces se sentía de tal modo ligero, que creía no tocar el suelo; algunas veces le parecía que su cuerpo había tomado tal volumen que le sería imposible pasar por una puerta. En esta última ilusión... el enfermo se siente mucho más pequeño ó mucho más grande que en la realidad». (T. Ribot. *Las enfermedades de la personalidad*. 3.^a edición, París 1889, pág. 35.)

conciencia clara; el cerebro no ha dominado todavía á los centros inferiores; quizá son percibidas impresiones sensoriales, pero seguramente no son aún reunidas en apercepciones; la mayor parte de los movimientos no están precedidos de ningún acto de voluntad consciente y no son sino acciones reflejas, es decir manifestaciones de esas conciencias locales que, con el tiempo, se convierten en obscuras hasta no poder ser ya percibidas, cuando la conciencia cerebral ha alcanzado su plena claridad. Poco á poco se desarrollan los centros superiores; el niño comienza á prestar atención á sus impresiones sensoriales, á formar con sus percepciones, apercepciones, y á hacer movimientos voluntarios adaptados á sus necesidades. Con el despertar de su voluntad consciente va también ligado el nacimiento de la conciencia de su «yo». El niño reconoce que es él mismo una individualidad; sólo que sus processus orgánicos interiores le ocupan mucho más todavía que los fenómenos del mundo exterior que le son transmitidos por los nervios sensoriales, y sus propios estados llenan casi por completo su conciencia. El niño es por esta razón un modelo de egoísmo, y hasta una edad más adelantada es por completo incapaz de desplegar atención ó interés por cualquier cosa que sea que no se relacione directamente con sus necesidades y sus inclinaciones. Por el perfeccionamiento continuo de su cerebro, el hombre alcanza finalmente á este grado de madurez en el cual adquiere una noción justa de sus relaciones con los demás hombres y con la naturaleza. Entonces la conciencia se cuida cada vez menos de los procesos vitales de su propio organismo y cada vez más de las excitaciones de sus sentidos; no se ocupa ya de aquéllos sino cuando se afirman en necesidades apremiantes; se ocupa, por el contrario, de éstos en todo momento en el estado despierto, el «yo» retrocede decididamente detrás del «no-yo», y la imagen del mundo llena la mayor parte de la conciencia.

Del mismo modo que la formación de un «yo, de una individualidad claramente consciente de su existencia particular, es la obra más alta de la materia viva, así también el más alto grado del desarrollo del «yo» consiste en incorporarse el «no-yo», en comprender el mundo, en vencer al egoísmo y en establecer estrechas relaciones con los otros seres, las cosas y los fenómenos. Augusto Comte y, después que él, Heriberto Spencer han llamado á este grado «altruismo», de la palabra italiana *altrui*, el prójimo. El instinto sexual que lleva al individuo á buscar otro individuo está tan lejos de ser altruismo como, por ejemplo, el hambre que incita al cazador á seguir á un animal para matarle y comérselo. No puede tratarse de altruismo sino cuando el individuo se ocupa de otro ser por simpatía ó por curiosidad, y no para satisfacer una necesidad apremiante inmediata de su cuerpo, el hambre momentánea de tal ó cual de sus órganos.

Sólo por el altruismo está el hombre en estado de mantenerse en la sociedad y en la naturaleza; para constituir un ser social el hombre tiene que sentir con sus semejantes y mostrarse sensible á la opinión de éstos acerca de él mismo. Una y otra cosa presuponen que el hombre es capaz de representarse bastante vivamente los sentimientos de sus semejantes para experimentarlos él mismo; el que no se halla en estado de representarse el dolor de otro hombre bastante claramente para sentir por ello él mismo, no tendrá compasión, y el que no puede presentir exactamente qué impresión hará sobre otro tal acción ó tal omisión de él mismo, no tendrá consideración ninguna con respecto á los demás. No tardará en ambos casos en verse excluido de la comunidad humana, enemigo de todos, por todos combatido, y muy verosímilmente sucumbirá. Y para defenderse contra las fuerzas naturales destructoras y volverlas en ventaja suya, tiene el hombre que conocerlas exactamente, es decir que tiene que hallarse en estado de representarse clara-

mente sus efectos. Una representación clara de los sentimientos de los demás y de los efectos de las fuerzas naturales supone la facultad de ocuparse intensivamente del «no-yo». Mientras el hombre se ocupa del «no-yo» no piensa en su «yo», y éste descende por debajo de los umbrales de la conciencia. Á fin que el «no-yo» venza de esta manera al «yo», los nervios sensoriales tienen que conducir bien las impresiones exteriores, los centros de percepción del cerebro tienen que ser sensibles á las excitaciones de los nervios sensoriales, los centros más elevados han de desarrollar de una manera segura, rápida y vigorosa las percepciones en apercepciones, unir éstas en conceptos y en juicios y, llegado el caso, transformarlas en actos volitivos, en impulsiones motrices, y como la mayor parte de estas diferentes actividades es realizada por la corteza gris de los lóbulos frontales, esto quiere decir que esta última tiene que estar bien desarrollada y trabajar vigorosamente.

Así es cómo se presenta á nosotros el hombre sano. Percibe poco y raramente sus excitaciones interiores, siempre y claramente sus impresiones exteriores; su conciencia está llena de imágenes del mundo exterior, no de imágenes de actividad de sus órganos; el trabajo inconsciente de sus centros inferiores representa un papel del cual casi puede prescindirse, al lado del trabajo plenamente consciente de los centros más elevados. Su egoísmo no es más fuerte que lo que es estrictamente necesario para mantener su individualidad, y sus pensamientos y acciones son determinados por el conocimiento de la naturaleza y de sus semejantes y por las consideraciones que á la una y á los otros debe.

Muy diferente es el espectáculo que ofrece el degenerado. Su sistema nervioso no es normal; en qué consisten en último análisis las desviaciones de la norma, lo ignoramos; muy verosíblemente la célula del degenerado está compuesta algo diferentemente que la del hombre sano;

las partículas del protoplasma están dispuestas de otro modo, menos regularmente, los movimientos moleculares se verifican, por consiguiente, de una manera menos libre y rápida, menos rítmica y vigorosa; pero esto es una simple hipótesis que no puede demostrarse; sólo que no se puede razonablemente dudar que todos los signos corporales ó «estigmas» de la degeneración, todas las detenciones y desigualdades de desarrollo observadas no tengan su fuente en una perturbación bio-química y biomecánica de la célula nerviosa ó quizás de la célula en general.

En la vida psíquica del degenerado la anomalía de su sistema nervioso tiene por consecuencia la incapacidad de alcanzar el más alto grado de desarrollo del individuo, la libre salida fuera de los límites ficticios de la individualidad, el altruismo. En la relación de su «yo» y de su «no-yo» el degenerado permanece toda su vida en la infancia; aprecia y hasta aperece apenas el mundo exterior y tan sólo se ocupa de los procesos orgánicos en su propio cuerpo. Es más que egoísta, es enfermizamente egotista.

Su egotismo puede directamente provenir de diferentes condiciones de su organismo. Sus nervios sensoriales pueden ser obtusos, son por consiguiente débilmente excitados por el mundo exterior, transmiten lentamente y mal sus excitaciones al cerebro y no se hallan en estado de incitar á éste á una percepción y á una apercepción suficientemente fuertes. Ó bien sus nervios sensoriales trabajan medianamente bien, pero el cerebro es insuficientemente excitable; no percibe pues convenientemente las impresiones que le son transmitidas por el mundo exterior.

La obtusión de los degenerados está atestiguada por todos los observadores. Entre la cantidad innumerable de hechos que podríamos citar aquí, daremos tan sólo una brevísima selección, suficientemente característica. «En

muchos idiotas — dice Sollier — no hay ninguna distinción entre lo azucarado y lo amargo; administrándoles alternativamente azúcar y coloquintida, no manifiestan ningún sentimiento diferente... (En ellos) el gusto no existe, hablando en propiedad... Además, hay perversiones del gusto; no hablamos aquí de los idiotas completos, ... sino hasta de imbéciles que comen basuras ó cosas repugnantes, ... hasta sus propios excrementos... Las mismas observaciones se aplican al olfato; aún más, quizás, para los olores que para el sabor, los sentidos parecen absolutamente obtusos... La sensibilidad táctil es muy obtusa en general, pero lo es siempre de una manera uniforme... Puede algunas veces preguntarse uno si no hay anestesia completa»¹. Lombroso ha examinado la sensibilidad general de la piel en 66 criminales y la ha encontrado obtusa en 38 de entre ellos y desigual en las dos mitades del cuerpo en 46². En un libro ulterior resume en estas palabras sus observaciones sobre la agudeza sensorial de los degenerados: «Impasibles ante el dolor ellos mismos, analgésicos, no comprenden nunca el dolor en los demás»³. M. Ribot refiere las «enfermedades de la personalidad» (es decir, las falsas concepciones del «yo») á «perturbaciones orgánicas cuyo primer resultado es deprimir la facultad de sentir en general, el segundo, pervertirla». «Un joven cuya conducta siempre había sido excelente, se entrega de pronto á las más malas tendencias; no se observó en su estado mental ninguna señal de enajenación evidente, pero pudo verse que toda la superficie de su piel se había convertido en absolutamente insensible». — «Puede parecer extraño que las parestesias y las disestesias, ... es decir simples per-

¹ Sollier, *Psicología del Idiota y del Imbécil*, págs. 52 y siguientes.

² Lombroso, *El Hombre criminal*, traducción francesa por Regnier y Bournet, París, 1887, págs. 290 y siguientes.

³ Lombroso, *Las aplicaciones de la antropología criminal*, París, 1892, pág. 179.

turbaciones ó alteraciones sensoriales, desorganicen el «yo». Sin embargo, la observación lo demuestra»¹. Maudsley describe algunos casos de degeneración en niños cuya piel era insensible, y nota á continuación: «Ellos no pueden sentir las impresiones naturalmente, no pueden adaptarse á las condiciones que les rodean con las cuales se ponen en desacuerdo, y las afecciones pervertidas del «yo» se traducen por actos de un carácter destructor»².

La insensibilidad de los degenerados, por lo demás, notada por todos los observadores, es susceptible de diferentes interpretaciones. Si muchos la consideran como una consecuencia de la condición patológica de los nervios sensoriales, otros creen que la perturbación tiene su asiento, no en estos nervios, sino en el cerebro, no en los conductores, sino en los centros de percepción. Para citar uno de los más eminentes entre los psico-fisiologistas de la joven escuela, Binet establece que «si una parte del cuerpo de una persona es insensible, dicha persona ignora lo que en esa parte se verifica; pero, por otra par-

¹ T. Ribot, *Las enfermedades de la personalidad*, págs. 61, 78 y 105.

² Maudsley, *Patología del espíritu*, traducción francesa por Germon, París, 1882, pág. 306. Véase también Alfredo Binet, *Las alteraciones de la personalidad*, París, 1892, pág. 39: «Sus sentidos se cierran á las excitaciones de fuera; el mundo exterior deja de existir para él; no vive más que su vida exclusivamente personal; no obra más que con sus propias excitaciones, que con el movimiento automático de su cerebro. Bien que ya no reciba nada de fuera y que su personalidad esté completamente aislada del medio en el cual está colocado, se le ve ir, venir, hacer, obrar, como si tuviera sus sentidos y su inteligencia en pleno ejercicio». Esto, á la verdad, es la descripción de un enfermo, pero lo que se dice de éste se aplica igualmente, con una diferencia de grado tan sólo, al egotista. Féré ha comunicado á la Sociedad Biológica de París, en la sesión de 12 de Noviembre de 1892, los resultados de un gran número de experiencias hechas por él, de las cuales se desprende «que en la mayor parte de los epilépticos, histéricos y degenerados, la sensibilidad cutánea está disminuída». Véase *La Semana Médica*, 1892, pág. 456.

te, los centros nerviosos en relación con esta región insensible pueden continuar obrando; resulta de aquí que ciertos actos con frecuencia simples, pero á veces muy complicados, pueden verificarse en el cuerpo de una histerica sin que ella se dé cuenta; y aún más, estos actos pueden ser de naturaleza psíquica y manifestar una inteligencia que será por consiguiente distinta de la del sujeto y constituirá un segundo «yo», coexistente con el primero». «Se ha desconocido durante largo tiempo la verdadera naturaleza de la anestesia histerica y se la comparaba á una anestesia vulgar, de causa orgánica, debida, por ejemplo, á la interrupción de los nervios conductores de las impresiones. Esta manera de ver debe ser por completo abandonada, y sabemos hoy que la anestesia histerica no es una insensibilidad verdadera; es una insensibilidad por inconsciencia, por desagregación mental; en una palabra, es una insensibilidad psíquica»¹.

Lo más frecuentemente no se tratará de casos simples, en los cuales los nervios sensoriales solos ó los centros cerebrales solos son los que trabajan mal, sino de casos mixtos en que los dos aparatos tienen una parte diversamente variable en la perturbación. Pero que los nervios no conduzcan las impresiones al cerebro, ó que el cerebro no perciba ó no haga subir hasta la conciencia las impresiones que le son llevadas, el resultado es siempre el mismo: el mundo exterior no será comprendido exactamente y claramente por la conciencia, el «no-yo» no estará convenientemente representado en ella, el «yo» no experimentará la derivación necesaria de la preocupación exclusiva de los processus que se verifican en su propio organismo.

La relación natural sana entre las sensaciones orgánicas y las percepciones sensoriales está colocada fuera de su sitio con más fuerza todavía, cuando á la insensibilidad

¹ Alfredo Binet, *Las alteraciones de la personalidad*, págs. 83, 85.

de los nervios sensoriales ó de los centros de percepción, ó de ambos, se añade una actividad vital de los órganos enfermizamente modificada y aumentada. El sentimiento orgánico del «yo», la cenestesia, entonces, se adelanta imperiosamente al primer plano, cubriendo con sus tumultos en gran parte ó por completo las apercepciones del mundo exterior en la conciencia, que no tiene ya más en cuenta sino los hechos interiores del organismo. Así nace esa sobreexcitación ó emotividad especial que constituye, ya lo hemos visto, el fenómeno fundamental de la vida intelectual de los degenerados; puesto que la disposición de espíritu fundamental del emotivo, desesperada ó alegre, irritada ó lloriqueante, que determina el colorido de sus representaciones así como la marcha de sus ideas, es la consecuencia de los fenómenos que tienen lugar en sus nervios, sus vasos y sus glándulas¹. La conciencia de dicho degenerado emotivo está llena de obsesiones que no son inspiradas por los hechos del mundo exterior, y de impulsiones que no son la reacción contra las excitaciones exteriores; á esto se añade en seguida la debilidad de voluntad constante del degenerado, que le hace imposible suprimir sus obsesiones, resistir á sus impulsiones, inspeccionar su disposición de espíritu fundamental y dedicar sus centros superiores á la persecución atenta del fenómeno del mundo. El resultado necesario de estas condiciones es que, en semejantes cabezas, el mundo, según la frase del poeta, tiene que reflejarse de otro modo que en las cabezas normales. El mundo exterior, el «no-yo», ó bien no existe en absoluto en la conciencia del degenerado emotivo, ó no está en ella representado, como sobre una superficie débilmente reflectora, sino por una ima-

¹ «Los fenómenos orgánicos, cardíacos, vaso-motores, secretorios, etc., que acompañan á casi todos, si no á todos los estados afectivos, ... preceden al fenómeno consciente, lejos de seguirle; no por esto dejan de ser, en muchos casos, inconscientes». Gley, citado por A. Binet. *Las alteraciones de la personalidad*, pág. 208.

gen enteramente descolorida, que apenas se reconoce, ó, como en un espejo hueco ó convexo, sino por una imagen falsa completamente desfigurada; la conciencia, por lo contrario, está imperiosamente monopolizada por el «yo» somático, que no permite que el espíritu se ocupe de otra cosa que de los hechos penosos ó tumultuosos que se verifican en la profundidad de los órganos.

Nervios sensoriales malos conductores, centros de percepción del cerebro obtusos, debilidad de voluntad é incapacidad de atención que es su consecuencia, processus vitales enfermizamente irregulares y violentos en las células, he aquí, por consiguiente, las bases orgánicas sobre las cuales crece el egotismo.

El egotista tiene necesariamente que exagerar de manera extraordinaria su propia importancia y la de todos sus actos, puesto que no está lleno más que de sí mismo, poco ó nada de la imagen del mundo, y es por ende incapaz de comprender su situación con respecto á los demás hombres y al mundo, y de apreciar convenientemente el papel de su actividad en el funcionamiento general de la sociedad. Habría quizá en este punto inclinación á confundir el egotismo con la manía de las grandezas; pero hay entre los dos estados una diferencia característica. La manía de las grandezas, á la verdad, es también, así como su complemento clínico, la manía de las persecuciones, causada por processus enfermizos en el interior del organismo, que obligan á la conciencia á consagrar constantemente su atención á su propio «yo» somático; más especialmente la actividad bio-química de los órganos anormalmente aumentada procura las representaciones agradablemente excesivas de la manía de las grandezas; la actividad más lenta ó enfermizamente aborradora, por lo contrario, las representaciones penosas de la manía de las persecuciones¹. Solamente que en la

¹ No es esta una simple hipótesis, sino un hecho bien demostrado. Centenares de experiencias de Bæck, Weill, Mæbius, Cha-

manía de las grandezas como en la de la persecución, el enfermo se ocupa constantemente del mundo y de los hombres; en el egotismo, por lo contrario, hace de ellos abstracción casi por completo. En el delirio sistemático del loco megalómano y perseguido, el «no-yo» representa el papel preeminente; el enfermo se explica la importancia que su «yo» obtiene á sus propios ojos, por la invención de una grandiosa situación social universalmente reconocida ó de una inexorable hostilidad de personajes ó de grupos poderosos; es papa ó emperador y sus perseguidores son jefes de Estado ó de grandes poderes sociales, la policía, el clero, etc.; su delirio tiene en cuenta por consiguiente el Estado y la sociedad, admite su importancia y atribuye el más grande valor, en un caso, á los homenajes, en el otro, á la enemistad del prójimo. El egotista, por lo contrario, no considera en absoluto como necesario soñar con una situación social inventada; no tiene necesidad del mundo ni de su apreciación para justificar á sus propios ojos que él mismo es el objeto de su único interés; no ve siquiera el mundo; los demás hombres no existen sencillamente para él; todo el «no-yo» aparece en su conciencia solamente como una sombra vaga ó una ligera nubecilla. No le pasa pues ni siquiera por las mentes la idea de que él es alguna cosa especial, que es más que los otros, y por esta razón, admirado ú odiado; él está solo en el mundo, y más todavía, él solo es el mundo, y todo lo demás: hombres, animales, cosas, no constituyen sino figuras accesorias sin importancia que no valen que se piense en ellas.

rrín, Mairet, Bosc, Slosse, Laborde, Marie, etc., han establecido que en los dementes, durante los estados de excitación y después, la orina es más tóxica, es decir más rica en materias orgánicas usadas y excretadas, y después de los estados de depresión, menos tóxica, es decir más pobre en materias desagregadas que en los individuos sanos, lo que prueba que en aquéllos, la nutrición de los tejidos está enfermizamente aumentada ó retardada.

Cuanto más insignificantes son las perturbaciones de las vías conductoras, de los centros de nutrición, de percepción y de volición, tanto más débil es naturalmente el egotismo y tanto más inocentemente se manifiesta; su expresión la menos chocante es la importancia con frecuencia cómica que el egotista atribuye á sus sensaciones, inclinaciones y actividades. ¿Es pintor?: no pone en duda que la historia universal entera no gravite alrededor de la pintura, y de sus cuadros en especial; ¿escribe en prosa ó en verso?: está convencido que la humanidad no tiene otro cuidado, ó cuando menos, otro cuidado más serio que los versos y los libros. No se nos vaya á objetar que esto no es especial de los solos egotistas, sino peculiar de la inmensa mayoría de los hombres; seguramente cada cual estima importante lo que hace, y hasta no vale gran cosa aquel que ejecuta su trabajo tan distraída y tan superficialmente, de tal manera sin placer ni conciencia, que él mismo no puede estimarlo. Pero la gran diferencia entre el hombre razonable y sano y el egotista, es que aquél ve claramente cuán subordinada es para los demás hombres su ocupación, aunque llene su propia vida y exija lo mejor de su fuerza, mientras que éste no alcanza á representarse que una actividad á la cual consagra su tiempo y sus esfuerzos pueda parecer á todos los demás sin importancia y aun pueril. El honrado zapatero remendón que echa medias suelas á una bota vieja se entrega de seguro en cuerpo y alma á su trabajo, pero admite que hay para la humanidad cosas más interesantes y más importantes todavía que el arreglo del calzado estropeado. El egotista, por lo contrario, si es escritor, no vacila en declarar, como M. Stephane Mallarmé: «El mundo está hecho para venir á parar en un hermoso libro». Esta exageración absurda de nuestras propias ocupaciones é intereses produce en la literatura á los parnasianos y á los estetas.

Si la degeneración es más profunda y el egotismo más

fuerte, éste no reviste ya la forma relativamente inocente de la absorción total en arrullos poético-artísticos, sino que se manifiesta como inmoralidad que puede llegar hasta la locura moral. La tendencia á cometer acciones perjudiciales para sí mismo ó para la sociedad se suscita también de vez en cuando en el hombre sano, cuando un apetito deletéreo pide ser satisfecho; pero el hombre sano tiene la voluntad y la fuerza de ahogarlo. El egotista degenerado es demasiado débil de voluntad para dominar sus impulsiones, y la consideración del bien de la sociedad no puede determinar sus acciones y sus pensamientos, porque la sociedad no está siquiera representada en su conciencia. Es un solitario insensible á la ley moral creada para la vida en sociedad, no para el hombre aislado. Es claro que para Robinsón Crusoe, el Código penal no existe; solo en su isla, no teniendo que habérselas más que con la naturaleza, no puede evidentemente ni matar, ni robar, ni saquear en el sentido del Código penal; no puede cometer delitos sino contra sí mismo; la falta de discernimiento y de imperio sobre sí mismo es la única inmoralidad que sea posible para él. El egotista es un Robinsón Crusoe intelectual que, según su idea, vive solo sobre una isla, y es al mismo tiempo un débil impotente para dominarse. La ley moral universal no existe pues para él, y la única cosa que podrá ver y confesar, quizás también lamentar un poco, es que peca contra la ley moral del solitario, es decir contra la necesidad de dominar los instintos perjudiciales para sí mismo.

La moralidad, no la aprendida maquinalmente, sino la que sentimos como una necesidad interior, se ha convertido en el transcurso de millares de generaciones en un instinto organizado. Está por esta razón como cualquier otro instinto organizado, expuesta á la «perversión»; ésta tiene por efecto que un órgano ó el organismo entero trabaja contrariamente á su tarea natural y á sus leyes